**FUNERAL Y ENTIERRO DE D. MIGUEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ**

**Estébanez de la Calzada, julio 2017**

Celebramos la misa exequial por el eterno descanso de nuestro hermano sacerdote D. Miguel Martínez Fernández en la parroquia donde hace 87 años recibió por el bautismo la semilla de la vida eterna. D. Miguel, educado cristianamente por su familia, preparó su vida como tierra buena donde pocos años después germinó la semilla de la vocación a la vida sacerdotal. Ordenado sacerdote en el año 1953 al servicio de nuestra diócesis de Astorga fue párroco de San Cristóbal de Valdueza y Bouzas durante 10 años. En 1963 fue trasladado a Valdespino de Somoza y en 1968 asumió las parroquias de Turcia, Gavilanes y Palazuelo de Órbigo y, posteriormente, en 1994 la de Armellada hasta su jubilación canónica. Una vez jubilado fijó su residencia en Betanzos, junto a sus familiares a quienes agradezco las atenciones que han tenido con nuestro hermano hasta el momento de su partida de este mundo a la casa del Padre. ¡Qué el Señor le conceda gozar en su presencia del banquete de las bodas eternas!

Nuestro hermano sacerdote fue un sembrador de la verdad de Cristo en el corazón de los fieles. No podía callar ni retener para sí aquella verdad de la fe cristiana que sus padres le inculcaron y que daba sentido a su vida y a su felicidad. Tenía que gritar desde lo alto que Dios es nuestro Padre revelado en Jesucristo, muerto y resucitado para rescatar al hombre de la esclavitud del error y la ignorancia. El sacerdote, como todo cristiano, está al servicio de la Verdad que es Cristo, porque sabemos que quien vive en la verdad es una persona libre de cualquier esclavitud. Muchos contemporáneos nuestros se hacen la misma pregunta que hizo Pilatos a Jesús: “Y ¡ Qué es la verdad?” Lo preguntan porque han abandonado la búsqueda de la verdad auténtica escrita en el corazón de todo hombre con recta conciencia y que coincide con la ley del Señor. Se conforman con sus propias verdades que como el hombre son efímeras y, por tanto, son verdades que no son capaces de ser fundamento de la existencia del hombre, su sentido y su misión. Así nos lo advertía el Papa Francisco en la Encíclica *Lumen fidei*:

“En la cultura contemporánea se tiende a menudo a aceptar como verdad sólo la verdad tecnológica: es verdad aquello que el hombre consigue construir y medir con su ciencia; es verdad porque funciona y así hace más cómoda y fácil la vida. Hoy parece que ésta es la única verdad cierta, la única que se puede compartir con otros, la única sobre la que es posible debatir y comprometerse juntos. Por otra parte, estarían después las verdades del individuo, que consisten en la autenticidad con lo que cada uno siente dentro de sí, válidas sólo para uno mismo, y que no se pueden proponer a los demás con la pretensión de contribuir al bien común. La verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto, es vista con sospecha… Así, queda sólo un relativismo en el que la cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa… La pregunta por la verdad es una cuestión de memoria, de memoria profunda, pues se dirige a algo que nos precede y, de este modo, puede conseguir unirnos más allá de nuestro « yo » pequeño y limitado. Es la pregunta sobre el origen de todo, a cuya luz se puede ver la meta y, con eso, también el sentido del camino común” (LF 25).

La búsqueda de la verdad nunca resultó fácil para aquellas personas que la han buscado de verdad. No ha sido fácil porque los hombres y mujeres influyentes y poderosos siempre han querido controlar la verdad y someter a todos a su verdad. Pero la verdad es libre y da libertad como el agua del arroyo que busca nuevos cauces cuando los surcos de la tierra interrumpen su paso. La verdad no se impone, se propone y su fuerza es tan grande que convence por sí misma a quienes la buscan son sincero corazón. Decir la verdad resulta incómodo para quien la dice y para quien la escucha. Pero todos estamos llamados a corregirnos para que caminemos en esta vida en la verdad y así encontramos ya aquí la felicidad y la libertad verdaderas.

Los avatares de la vida nos alejan de aquella inocencia de nuestra infancia que es fuente de nobles y grandes deseos de verdad y de justicia. Santa Teresa de Jesús nos relata en el Libro de la Vida que a la hora de determinarse por hacer la voluntad de Dios y buscar lo que realmente quería de ella fue muy importante “Ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno. Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado. Y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle” (V, 3,5).

 La vida sacerdotal de D. Miguel ha sido un testimonio de vida sacerdotal auténtica. El predicó la Palabra de la verdad en la catequesis, en las homilías y con su propio testimonio de vida. Invitó a todos a buscar la verdad dejándose llevar por el maestro de la Verdad que es el Espíritu Santo. Hoy agradecidos a Dios por el regalo de su ministerio sacerdotal para bien de nuestra diócesis de Astorga, lo encomendamos a su misericordia. Al mismo tiempo le pedimos al Dueños de la mies que siga enviando obreros a su mies para que prediquen y hagan presente con su vida a Jesucristo que es el camino, la verdad y la vida del hombre.

 Santa María, madre de todos los creyentes, intercede por nosotros ante Dios para que un día podamos encontrar plenamente la verdad y gozar en su presencia.